XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Año 2024

Mención Especial: ***Llara***
Pseudónimo: ***Aleu Riera***
Autor: ***Miguel Ángel Marín Gabriel, Majadahonda (Madrid)***

Su mirada severa, adusta, se dirigía a sus manos, llenas de sabañones, con las uñas quebradas por el esfuerzo y la impotencia para eliminar aquellos restos de carbón que se prendían de la ropa que Pelayo, tres días atrás, le había dejado como último recuerdo antes de volver a la mina. Frotó nuevamente con saña contra el granito de la fuente, tomando aire la prenda a la par que lo hacía Llara para volver con mayor ahínco sobre el objeto de su tenaz tarea. Apenas sensibles, sus dedos, adormilados por el esfuerzo y el frío agua que remansaba en el pilón, tornaban ora pálidos, ora violáceos entre la espuma que el jabón de lagarto creaba alrededor de las costuras y los remiendos que había zurcido a lo largo de los años.

Nieves, recién llegada a la fuente, frunció el ceño interrogando silenciosa a Llara quien, de forma casi imperceptible, negaba con la cabeza, dando por zanjada la conversación apenas iniciada.

Eran muchos días, muchas horas sin saber de su marido desde su incursión en la mina. Desde la extracción de los últimos mineros aún con vida tras el derrabe. Sin embargo, supersticiosa, creía que conservar las tareas cotidianas podrían ayudarla a recuperar el cotidiano regreso de su marido con la puesta de sol. Como quien calzándose primero el pie derecho garantiza el devenir de una jornada afortunada. Entornó temblorosos los párpados evocando su aroma a sudor, a esfuerzo y a hornaguera. Apenas perceptible, una discreta lágrima cayó de su rostro y dibujó una serie de ondas concéntricas que venían a morir en la piedra donde Nieves sumergía las sábanas que, esta vez sí, su marido calentaría por la noche tras esquivar a la parca.

Cuando Llara alzó de nuevo la mirada, intuyó una presencia a su espalda. El agua le devolvía el reflejo ondulante de su esposo que, tiznado y macilento, hincaba sus rodillas tras ella para abrazar su mandil empapado, plegado como un crío se acurruca entre los senos de su madre.

El carbón no engulliría aquella noche su alma para integrarlo en la oscuridad de su materia, sino que sería Llara quien, victoriosa, curaría las heridas que a modo de oscuros cimbres se habían extendido en sus entrañas.

XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Año 2024

Mención Especial: ***Polvo de carbón***
Pseudónimo: ***Charrán***
Autor: ***Vicente Borrás Aznar, Godella (Valencia)***

Tenía nueve años y estaba sentado sobre un banco de piedra. El jersey le venía grande y cubría parte de sus manos. Hacía un poco de frío y le venía bien. Tenía la cara llena de polvo de carbón y sobre ella sobresalía la mirada penetrante de sus ojos negros. Una gorra de esas de estilo irlandés, con una pequeña viserita, le daba un aire de más mayor, aunque sus pantalones cortos lo delataban. Faltaba poco para la hora. Ese momento en que se oía una sirena, la rueda del pozo comenzaba a girar y se escuchaba como los hierros de la estructura chirriaban estruendosamente. Un rato después ese ruido se paraba y se abría de golpe la puerta metálica del elevador, vomitando a un grupo de hombres que, casi en silencio, se precipitaba dentro del pabellón de los vestuarios. Sus ojos apenas se veían detrás de la mugre de sudor y polvo de carbón. Algunos todavía llevaban los anteojos que les protegían del polvo y ahora de la luz del día, aunque esta era gris una vez más. Llovía, poco pero llovía. Sí alguno hablaba, otro contestaba con monosílabos. Les apremiaba escapar de la oscuridad, de la falta de aire fresco, del hambre y del agotamiento. Pasaban indiferentes delante de él. Nadie se preguntaba quién era aquel niño que parecía buscar a alguien entre aquellas sombras. Entre aquellos hombres.

Después, a través de una ventana alta y medio abierta, se escuchaba el ruido de las duchas y los grifos, vertiendo agua sobre los cuerpos de los mineros. El jabón arrastraba los restos del carbón adherido a su cara, a sus manos, pero no podía arrancar el polvo de carbón de sus pulmones. Muchos tosían, incluso se podía escuchar como algunos escupían al suelo de la ducha, intentando deshacerse de aquel negro invasor que lo impregnaba todo. Al final, en no más de quince minutos, salían los primeros. Hablaban y hasta alguno se reía. Parecían otros. Eran otros.

Con el último, uno que parecía que arrastraba un poco un pie, se hizo el silencio de nuevo. Los vio alejarse. Lo que habría dado porque uno de ellos, uno que tendría sus mismos ojos negros y llevaría su gorra con viserita, al verle, se acercaría y le habría dicho:

- ¡Hijo! ¿otra vez aquí? Prefiero que me esperes en casa.

Después, le habría cogido en brazos, dándole un beso largo y fuerte que le hundía en la mejilla, como hacía siempre. Aunque, del último hacía ya casi tres años. Tres años desde que su madre le dijo —el papá ya no subirá más, está en el cielo, ha sido por el polvo de carbón, aunque allí respirara mejor—.

Pero él se resistía, no quería que fuera verdad y mañana, una vez más, volvería a la puerta del pabellón con su gorra de viserita, se mancharía la cara con el polvo de los mineros y esperaría ¡a ver si había más suerte!

XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Año 2024

Mención Especial: ***Carbomán***
Pseudónimo: ***Raitán***
Autor: ***Elisabet Felgueroso López, Suances (Cantabria)***

A quien quedaron allá

Llamábenlu "Carbomán" porque tenía'l brazu como'l d'un superhéroe de Marvel: nunca cansaba de picar. Tenía'l vezu de rapase la cabeza pa disimular les entraes y usaba camisetes perciñíes, tan, tan xustes, que mentía dafechu cuando afirmaba que nun-y prestaba presumir. Un día d'ochobre, baxó, soltando chancies, na xaula cayonca na que nun volvería xubir. El so cuerpu de plomu cayó vencíu dos hores dempués, cuando picó por error una bolsa de metanu; poco hai más que dicir, conocéis de sobra la poca piedá del grisú. Quedáben-y seis meses pa prexubilase, a Carbomán.

Pero nun vos vine a falar d'eso, la muerte nel tayu ye hestoria abondo común na tierra prieto que nos arrodia. Vine a contavos que, fai dos meses, una nueche terrible, mentanto la lluvia chiscaba con fuercia'l pálidu reflexu de los cristales y les ñubes escures cabalgaben como alloquecíos caballos prietos, Carbomán vieno a veme. Vilu ellí, xunto al requexu de la butaca que tengo nel cuartu. Diba vistíu col monu, llevaba la cabeza tapada col cascu, les mexelles entafarraes pol polvu cafiante de la cisca.

Vino y díxome que la muerte nun ye como la imaxinamos. Que se pasa muncho frío. Que la fame ye perpetua. Y, dende entóncenes, entamó a siguime como si fuere la solombra de la mio propia alma.

Cuando voi pel periódicu camina sele al mio llau, marmullando que la muerte ye prieta como una galería ensin lluz. Si me siento en sofá, pónseme al llau, ansiosu por contame lo llentos que siente los güesos. Al duchame, siempre lu tengo en bidé, entrugándose ú ta la salida a esi pozu de soledá. Nun sé si ta muertu del too o sigue atrapáu na galería. Dalguna vegada-y retruqué: "Carbomán, ¿por qué yo? ¿Por qué me lo dices a min?". Entós, él sorrí, per un instante, y dizme que me prefier porque soi'l más gayasperu de toos, el que-y punxo'l mote. Y alcuérdase de cómo lu llamaba a voces: "¡Carbomán!" o "¡Cabromán!", si quería toca-y más los coyones. También fala melgueru de la vez que-y camudé a Xosepín el bocadiellu de carne guisao pol míu de mortadela ensin que se decatare, o de cómo-y mandaba meter fueu a la carrucha a Bastián, que yera más vagu que mandáu a facer d'encargu. Son los únicos momentos nos que Carbomán nun pena, y yo suspiro alliviáu de nun tener que penar con él.

Y por eso toi equí, con esta soga al pescuezu. Debatiéndome ente dar la patada al calderu y suspendeme de la viga o non. Per un llau, paezme que saltar ye la única manera d'escapar a la voz de Carbomán. Per otru, arródiame la medrana, l'amenaza firme de que la muerte m'ate pa siempre a Carbomán, y tenga de pasar la eternidá escuchando'l so llamentu y la voz triste de tolos collacios que morrieron atrapaos nes fauces asesines qu'escuclen agazapaes tres una bocarrampla.

XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Año 2024

Mención Especial: ***Lo inhumano de mí***
Pseudónimo: ***Erik Cuoz***
Autor: ***Josefa Jackelin Garrido Barría, Temuco (Chile)***

Si las banales cartas del destino me hubieran mostrado una opción diferente, ¿la habría tomado? Difusos son los monstruosos recuerdos de aquel fatídico día, sin embargo, las tortuosas imágenes penetran en mi psique, privándome de consuelo y descanso. Pero, ¿cómo podría haberlo sabido? Ellos seguían haciendo horas extras, fue su decisión… ¡mi horario laboral ya había terminado! Me apresuré a la salida de la mina, y la razón hasta el día de hoy sigue siendo un misterio para mí; una corazonada tal vez, o simplemente una coincidencia. Eso es lo que me repito cada mañana para poder vivir conmigo mismo, pero la terrible verdad está lejos de ser. Alta era la montaña sobre el tugurio que llamábamos mina, y su superioridad se imponía sobre todos nosotros, tal emperador sobre su plebe. Las risas siempre fueron en cuantía. Dichosos mis compañeros al compartir tan envidiable camaradería, pero el joven y nuevo remedo de minero debía ganarse el respeto de sus colegas, y al no poseer un atisbo de experiencia previa, era una misión hasta donde yo sabía imposible. Mi trémula voz no fue una ayuda al momento de desenvolverme, y mi opinión era objeto de burla para ellos, lo que me decidió a callar cuando escuché el primer rugido de una sentencia de muerte inminente. Segundos después dieron las cuatro. Me apresuré a la escalera, y al salir observé como la tierra cedía poco a poco, deslizándose por la gigantesca montaña. Advertir, ayudar, salvar, eso es lo que hace un ser humano. Tenía tiempo suficiente, pero cuando estuve a punto de bajar, dudé. Me cuestioné si podría ser un derrumbe o solo una falsa alarma. De ser la segunda opción sabía que mis compañeros no volverían a creer en mí, lo que me condujo a pensar de forma egoísta y despreciable, después de todo, «un derrumbe es mejor que mi propia vergüenza» me dije con hastío. En el tiempo que pasé debatiendo conmigo mismo, la fragilidad que evitaba el desastre colapsó, y el segundo rugido hizo vibrar el suelo con violencia. El clamoreo de aquellos hombres fue lo último que escuché antes de echar a correr, y sin mirar atrás me alejé, tropezando con todo a mi paso. Las esposas incrédulas con lo que se presentaba ante sus ojos soltaban los almuerzos que llevaban para sus maridos, fue al verlas que empecé a detenerme. Mientras yo no tenía a nadie que me esperara en casa, ellas rezaban a Dios cada mañana por su seguridad y pronto retorno. Yo se los arrebaté. Sepultados bajo tierra por culpa de mi indecisión quedaron abuelos, padres, e hijos. Lo peor del caso es que proferir arrepentimiento no es más que un camelo, pues de haber previsto el trágico y amargo incidente, lo único contrario a lo ocurrido sería la falta de mi huraña presencia aquel día. He ahí lo inhumano de mí.

XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Año 2024

Mención Especial: ***Caídos en Nicolasa. Corazones rojos***
Pseudónimo: ***Castillo de Praga***
Autor: ***David Andrés Castillo, České Budějovice (República Checa)***

«Ostravo srdce rudé / zpečetěný osude»

«Ostrava corázon rojo / destino sellado»

A Michal Klenot, Milan Roček, Luděk Dvořák y Vlastimil Havlík

Las minas en la ciudad checa de Kárviná, son húmedas y con sabor a aguardiente y a metal. Llueve tanto en Silesia que la negrura se pega alrededor de los ojos como una sombra en el alma y no sale después del turno porque las uñas se aferran a ella, como un esmalte tosco e intransigente. Todo es frío y dolor de huesos, excepto en invierno, porque las primeras nieves se agarran a la tierra y es entonces cuando se vislumbra la belleza melancólica que viste de blanco y negro la ciudad.

Un día de aquella primavera del 94 condujo por la calle del Ejército Rojo hacia las oficinas de la OKD por última vez y la ciudad le arropaba entre edificios grises y tilos en flor, vigilado en lontananza por la blanca torre de la plaza. De regreso, ufano y un tanto pendenciero, miraba el finiquito, tiznado por los bordes, y se lo guardó junto al billete de avión.

Ya no le quedaba nada en aquella ciudad ni en la vieja Ostrava y su país se rompía silenciosamente como una nube de terciopelo rojo en medio de una tempestad económica y humana.

> “Solo pertenezco a la mina”-pensó- “así que, qué más da si es esta u otra al otro lado del mundo, la oscuridad siempre es la misma, al fin y al cabo, nacimos solo y morimos solos, por lo menos voy a intentar elegir el paisaje”.

La Mina de San Nicolás de Mieres sobrevive entre montañas verdes que miran a un mar cercano, sin llegar si quiera a tocarlo y el único recuerdo del blanco de la nieve es el de los cascos que cubren a los mineros, que miran a la jaula con la misma mirada negra que anticipa los misterios del pozo cada turno, las mismas risas y los planes al terminar la jornada con los compañeros.

Aquel último día de agosto había canícula en el turno de madrugada, se había levantado rezongona la mañana y el ascensor repiqueteaba cuando bajaba, a trompicones, como buscando la aurora, mientras se adentraba en la dura tierra: carros, palas y luces en el abismo, interrumpidos por el temido temblor del grisú y, tras de él, de repente, el ensordecedor silencio que bien conocen los hijos y las madres de la mina.

Arriba, ya en la superficie, la torreta de Nicolasa aguardaba a un séquito de monos negros y cascos blancos, todos dignidad y corazón, flanqueados por hombres cabizbajos de ojos negros que no ocultaban la rabia del destino de aquellos que parecen nacidos para el luto: corazones rojos envueltos en sábanas blancas, nacidos sin saberlo, o acaso sospechándolo un tanto, con sus destinos sellados.

XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Año 2024

Mención Especial: ***Un día más***
Pseudónimo: ***Triple A***
Autor: ***Ana María Alcalde Marruedo, Cetina (Zaragoza)***

En el lugar más extraño del universo habita un ser sin rostro, que carece de nariz, boca y orejas. En su tez tiznada por el carbón tan solo brillan dos piedras negras, capaces de incendiarse en cualquier momento.

Este ser misterioso ha creado el laberíntico dibujo que galerías, niveles y túneles trazan entre las rocas hacia el centro de la Tierra, conociendo a la perfección hasta el último rincón de su urbe subterránea.

Vaga como un alma errante por su mundo paralelo sin detenerse en ningún sitio concreto, mientras lo envuelve todo a su paso, invadiendo el ambiente con su aliento abrasador.

Olor a putrefacción, de madera húmeda y pizarra en descomposición, confluye con el de la pólvora justo antes de que suceda, advirtiéndome del peligro. Entonces, un instinto salvaje se apodera de mí, sumiéndome en un estado de alerta, aferrándose a la supervivencia. Sin embargo, ya no puedo volver, la jaula baja… y baja… sigue bajando hacia el mismísimo averno, dónde habita el ser sin rostro.

De pronto, un ruido sordo me indica que he llegado al fondo del pozo. El golpe me saca de mi ensimismamiento.

- ¡Juan! ¡Colócala ya! ¡Rápido!

Actúo mecánicamente, como si fuera un muñeco autómata. Coloco el cartucho, enciendo la mecha con el candil de acetileno, y corro cómo si me fuera la vida en ello.

- ¡Yaaaaa! - Grito hasta quedare sin aire. Y me suben lo más rápido posible, mientras escucho caer la enorme mole de carbón que me hubiera compactado contra la fría roca. Después la explosión …

Por última vez en el día, respiro el enrarecido y ardiente suspiro de Hades y salgo por fin de la boca del lobo, junto con una legión de supervivientes tiznados de pies a cabeza por el carbón. Una sensación de victoria inunda el ambiente, hoy el hombre sin rostro no se ha salido con la suya.

~

Los pozos tolva se construían en las minas para descargar el mineral cuando había un fuerte desnivel entre galerías, evitando que pasase por el plano inclinado. A veces el mineral se atrancaba, presionado contra las paredes de la boca-rampa, entonces, un minero tenía que introducirse en el pozo y colocar un cartucho de dinamita, haciéndolo explosionar para que bajase a la boca de carga. Esta era una arriesgada operación ya que el mineral se podía desatrancar solo y caer sobre él. Así de incierta y peligrosa es la vida de un minero, quienes con su fuerza de voluntad y valentía se implican en este duro trabajo día tras día.